

ALBA OMIL¹

ESTA LOCURA DE SEGUIR VIVIENDO

Mi casa es terrible, espantosa, espeluznante. Y en seguida nomás se van a dar cuenta de que no digo estas cosas simplemente por llenar la conversación, como esas señoras, que dicen a todo “regio, bárbaro, qué terrible”, según sea la dimensión de eso que, a medias, escuchan.

Este asunto es diferente y yo siempre hablo al pie de la letra: cómo no va a ser terrible, espantosa y espeluznante una casa, para empezar, llena de cucarachas, llenita, así como otras están llenas de cuadros o de plantas, o de miniaturas, la nuestra, bueno, ya lo dije y no es el caso repetir la palabreja a cada momento: vienen del conventillo vecino, o de la villa miseria de atrás, y también salen de las alacenas de la cocina, donde nadie limpia porque la Justina y la Teodora son dos chinitas sucias, como bien dice mi abuela –las pocas veces que carbura en serio– y no hacen lo que tienen que hacer, que para eso se les paga. Pero, en los tiempos que corren –según dice mi mamá– es más fácil ganar el PRODE que conseguir una buena sirvienta: lo primero que hacen es preguntar: “¿Cuántos son en la casa?” y mi abuela que les contesta “¿Qué ha venido a censar?” y ahí nomás se acaba la posibilidad de conseguir empleada doméstica.

¹ Catedrática universitaria con destacada trayectoria como ensayista, cuentista y promotora cultural. Es coordinadora de publicaciones en distintos medios de Tucumán, Argentina. Entre sus últimas publicaciones se destacan *Hechicería en las culturas prehispánicas* (ensayos, 2011), *De nieblas y fulgores* (microrrelatos, 2013), *Puebla. Recuerdos y ensueños* (microrrelatos, 2013) y *Los ojos de Medusa* (2014). <http://albaomil.blogspot.com>.

Yo, en mi pieza, echo baygón y, al otro día, barro igual que si estuviese barriendo una alfombra crujiendo y oscura (como si se hubiera roto el rosario de cuentas enormes, de mi abuela, y despararrado por el piso) para que la Teodora las lleve al fondo y las tire para las gallinas porque a ellas les gustan. Cada uno con sus gustos, qué vas a hacer: en China comen ratas asadas y a los gitanos les encantan los guisos de murciélago.

De lo que tengo miedo es de que un día empecemos a convertirnos, uno por uno, en cucarachas, como le pasó al personaje del cuento ¿quién te dice que no se esté realizando ya la transformación?: yo, a mi abuela, sobre todo cuando se pone ese batón marroncito, abierto atrás, como que empiezo a verle pintas de cucaracha, más que nada por esas piernas finitas que ya han empezado a doblársele en las rodillas por el peso de los años.

Pero esto que les cuento no es lo peor. Peor que las cucarachas es la locura. La locura de todos. A ver, pasemos revista: mi abuela, ciento dos años a la sombra, tiene no sé qué cosa en el marote; lo cierto es que se le han ido endureciendo las arterias, y parece que justo cuando se le hicieron hueso, la tipa estaba ubicada en el pasado, tratando de recuperarlo, a lo mejor, o simplemente rememorándolo (mirá si tendrá pasado la pobre vieja) de manera que ahí nomás se quedó osificada y como presa en el tiempo, igual que si estuviese en una jaula. Por eso, en esta casa, se vive simultáneamente en dos épocas distintas: por un lado, mamá me grita:

—¡Pito, apagá el televisor, te vas a idiotizar, caramba! ¡Todo el día con viajes a Marte y otras galaxias, con seres extraterrestres, con esas fantasías idiotas!

Y abuela que le pide a la Teresa:

—Alcázame un jarro de agua, querida, bien fresquita, de la tinaja, che, que esté bien filtrada.

El diarioero me trae *La Nación*, *Noticias* y *Clarín* porque yo compro todos los diarios importantes: me fascinan los titulares con letras grandes, y a todos los recorto para llevar cuenta de los adelantos de la ciencia: los misiles, las guerras químicas: matar a un millón de tipos como yo mato las cucarachas en mi cuarto ¡qué fenómeno!, los bebés de probeta, los corazones artificiales, los trasplantes —pobrecita, la Tota, si pudieran horadarle un poquito el cerebro y hacerle algunas hendiduras pero sin lastimarla ¡qué lindo sería!— pero más que todo

me gustan las palabras que inventa la gente para nombrar los nuevos inventos, las nuevas drogas.

Abuela:

–Che, chinita, andate hasta la calle real y comprame media onza de anilina marrón que tengo que teñir un poco este batón.

Mamá:

–¡Dejá ese chicle, Pito, por Dios, apagá el televisor ¿Cómo podés tener sonando a un mismo tiempo la radio, la Tele, el pasacasette? ¡Y encima se te da por tocar la batería!

¡Qué sabe mamá de acompañamientos orquestales! Además, el ruido espanta las cucarachas. Y esto –me refiero a los dos tiempos distintos– ocurre todo el día, toda la noche, toda la semana, todo el mes, toda la vida. De día y de noche porque la vieja no duerme, esperando a oír si el sereno canta “Las doce han dado y nublado”. De manera que mejor sigamos pasando revista como en el ejército ¡qué linda la colimba! Lástima que a mí no me tocó pero, lo mismo, yo siempre juego a la guerra y me atrincho tras de la ventana cerrada y, por el hueco del picaporte, que se ha caído hace ya como dos años, las bombardeo con el vaporizador lleno de 2-isopropositenil-N-metilcarbonato-DDBP autorizado SESPED ¡qué lindo, che! Hay que verlas cómo caen, lástima que sean cucarachas y no mis vecinos, sobre todo la gorda de la izquierda que tiene esas mellizas horribles, malcriadas, burlistas y gritonas y un trasero tan pulposo que se le mueve igualito que un flan casero cuando camina o viene a reclamar algo, para mí, para vos, para ninguno de los dos, para mí...O la otra escuálida de la derecha, que se cree una estrella de cine y toma sol desnuda en el jardín, como si no tuviera vecinos que la miran; como si uno fuera un poste y no tuviese vísceras; sin temor de que Dios la castigue y la lance al profundo y puerco abismo, junto con todas esas malas mujeres que tientan a los hombres; junto con las cucarachas, que también son puercas.

Bueno, mejor continuemos pasando revista: mi hermana, la Tota, pobrecita, loca también como mi abuela pero no por la misma causa: abuela, ya dije, tiene huesos, o algo así, en vez de arterias en la mollera, y por eso las ideas se le entreveran que es un contento, ya di algunos ejemplos; faltarían otros para mayor claridad pero lo dejemos ahí. En cambio a mi hermana, la Tota, pobrecita, no se le forman las ideas porque no tiene nada, ni siquiera huesos, en el marote, y tiene el cerebro liso, dicen, yo no se lo he visto, así que no puede hablar ni

pensar ni nada. Si por lo menos estuviera como la abuela, quedada en otro tiempo, las dos podrían charlar de sus cosas y pasarlo, al menos, entretenidas:

–¿Has visto, querida, qué mozo tan elegante ese que pasa y vuelve a pasar en su caballo moro por la calle Real? Ahí viene otra vez ¿A quién le andará arrastrando el ala?

–Voy a bichar por atrás de la celosía, abuela, atémé bien este moño en la cabeza.

¡Pero nada! Si ni habla. Sentada, gorda, blanda como una peca, lo único que hace es comer y comer; tragar y tragar. Es insaciable. Menos mal que mamá gana mucha plata en el casino, que si no... Mirá que dos veces por semana tiene que comprarle una bolsa de batatas para ella sola, que se las morfa asadas, con cáscara y todo si no se las dan peladas. Y eso, entre comidas. Y pagarle una sirvienta para ella solita, para que la atienda, le dé de comer y le cambie los pañales, y pensá que ya tiene como veinticinco (una cosa que no entiendo es cómo mamá puede tener veintinueve si la Tota, pobrecita, ya calza veinticinco, pero como en esta casa el tiempo juega siempre a las escondidas y muchas cosas resultan inexplicables, todo puede pasar).

Pero tampoco lo de la Tota es lo peor; peor es la gente que vive pendiente de uno y de las cucarachas y nos dice “los locos de la casa vieja”. Yo, de miedo, no me asomo ni a la puerta, nunca, pero siempre escucho escondido tras de las celosías que dan a la calle:

–Ella es la más loca de todos –dicen de mamá, pobre– porque no es loca de la cabeza como los otros.

Yo no sé cómo se puede ser loco de otra parte si los sesos están en el anco y es ahí donde se le han hecho los huesos a mi abuela, y es ahí donde mi hermana, la Tota, tiene una pelota de plástico en lugar de esos canalitos, así: que yo veo en los sesos de las vacas cuando la Justina hace torrefajas. No creo que sea locura lo que mamá tiene sino tristeza, por lo de abuela y lo de la Tota; por las cucarachas y por la mala suerte, porque a cada rato la deja el novio y tiene que buscarse urgente, otro, porque ¿quién le va a dar plata, entonces y ¿de dónde vamos a comer y pagar las sirvientas, y cambiar el auto y comprar los remedios para mi abuela, que consume el doble porque siempre se olvida y los toma dos veces? Y mamá tampoco tendría plata para el casino, que le gusta tanto, y yo no tendría los chocolates que ella me trae en las madrugadas cuando vuelve y estoy despierto, esperándolos, a ella, al novio y a los chocolates y también a las cucarachas, que

salgan, para empezar las escaramuzas de combate: apago la luz y me quedo un rato quieto hasta que las oigo y ahí nomás empieza el bombardeo con 2-Propilenoisopropoxitenil-N- metilcarbomanato- DDBP Autorizado SESP, o con Hexacloro-ciclohexano al cien por ciento ¡qué lindo! Es tan divertido...me paso unas noches fenomenales.

Pero tampoco lo dicho es lo peor: lo peor, lo peor de todo es que dentro de esta casa nadie se da cuenta de nada y todos creen que vivimos en el mejor de los mundos, en la mejor normalidad, hasta la Justina y la Teodora, que las dos toman el mismo remedio para el reuma, el mismo para la tensión, Fenilpropionato de desoxicortiscorena , fenilpropionato de nandrolona; claro, todos menos yo que, como tengo la cabeza tan grande, más que una pelota del cinco, puedo pensar como tres tipos juntos, y como casi no puedo caminar porque se me bambolea un poquito, estoy todo el día piensa que te piensa; menos mal que siquiera tengo las cucarachas para entretenerme.



© Górgola (GPR, 2007).